

LAS CRUZADAS DE ARAGON EN EL SIGLO XI

Por ANGEL CANELLAS

Pórtico.

LA historia de los reinos hispánicos cambia sus derroteros tradicionales en el siglo XI al descomponerse el equilibrio entre los cristianos y los musulmanes, en provecho general de los primeros y en gracia a que aquéllos arrumban la vieja política de su aislamiento y penetran en la fecunda vida de relación internacional con otros pueblos cristianos extrapeninsulares ¹.

Si el mundo musulmán logró en España, a lo largo del siglo X, un clima de constante triunfo que se vierte en amplia extensión territorial, especial prosperidad de su economía, una perfecta organización de la vida pública y administrativa y el consiguiente panorama cultural esplendoroso; en contraste, los principados y reinos cristianos del norte peninsular apenas salen de sus montes, particularmente los de las estribaciones del Pirineo, entre cuya accidentada orografía se arropa la precaria infancia política y militar de los minúsculos Estados. Su modesto empuje jamás inquieta al Califato de Córdoba. Pero llegado el nuevo siglo, tras el descanso del milenio que libera los ánimos atormentados por profecías apocalípticas y lanza a los cristianos confiados en el renacer del mundo que no acaba, a nuevas empresas, se asiste a la escisión del mundo

1. Dado el carácter divulgativo de este artículo, basado en una conferencia, se prescinde de aparato crítico y de notas que serán advertidas en la edición definitiva de la obra inédita del autor sobre el reinado de Sancho Ramírez, Rey de Aragón y Navarra.

musulmán hispano en numerosos reinos de taifas, esperanza de futuros triunfos para los principados de las montañas: en la frontera superior una de las taifas, la de Zaragoza, dueña de las tierras del valle medio del Ebro, impide conexiones territoriales peligrosas entre los cristianos de la meseta y de los montes catalanes y es asiento de creaciones culturales notables, en las que brilla la colaboración de gente judía y mozárabe.

Muy al norte, en el confín de la raya con los principados francos del mediodía, se ha forjado en tres siglos de penosa empresa el Condado de Aragón: las condiciones precarias de los valles que engendrarán el Condado y el poderío de los estados musulmanes que lo asfixian entre montes, le han condenado a una reconquista particularmente lenta de toda la antigua tierra cristiana.

Por otra parte, el aislamiento político en que se ha desenvuelto Aragón en sus primeros siglos ha engendrado condiciones especiales para la vida religiosa de la colectividad en unos tiempos en que estas cuestiones imprimen carácter a los demás afanes públicos; no es exagerado afirmar que en Aragón campea por esto cierto ambiente de nacionalismo religioso: no se olvide el particularísimo de aquella liturgia visigótica que tan celosamente mantiene, o sus tardanzas en recibir y escuchar las consignas de la Santa Sede, o también las mismas peripecias y accidentes de la introducción y triunfo de la Regla Benedictina como norma de sus comunidades religiosas; todas éstas son, entre otras causas de menor notoriedad, más que suficientes para explicar aquella singularidad aragonesa.

Pesa por otra parte en sus relaciones internacionales la tradicional comunidad de intereses y aun de sangre con los principados del norte del Pirineo Central: las dos vertientes de la formidable barrera orográfica han sido en todo tiempo zona de contactos y de relaciones permanentes; los montes no separaban, antes bien, a manera de fantástica vértebra, aunaban y explicaban parentescos étnicos y lingüísticos entre los habitantes de sus valles; y la notoria comunidad cultural que teje relaciones sin cuento entre una y otra ladera desde los días del Emperador Carlomagno brota por todas partes: se explica ahora con cierta dificultad que el Ducado de Aquitania se interese en la política religiosa y cultural de Aragón, que el Vizcondado de Bearn posea tierras e intereses en Aragón (incluso que perciba derechos en tierra de Canfranc y Jaca) y que la Gascuña se considere más hispana que franca; pero a principios del siglo XI todas estas realidades políticas no causaban extrañeza.

Aragón renovado en el siglo XI.

En este siglo XI Aragón cambia por completo de fisonomía: aquella región montañosa sin posible expansión territorial, aquellos valles que abocan a cerros y portales musulmanes que celan el acceso a los llanos del Ebro, aquellas fortalezas musulmanas zaragozanas que colocan guarniciones en el amplísimo arco que une las poblaciones y tierras de Tudela, Ejea, Huesca y Barbastro, se trocan al conjuro de circunstancias religiosas, políticas y militares inauguradas por Sancho III el Mayor; cesa el constante peligro de que ahoguen al diminuto estado cristiano nuevas expediciones desbordantes de musulmanes decididos.

La colonización monástica impulsada por la Orden Cluniacense, que recorre toda Europa cristiana, llegó a los confines de Aragón y tuvo la virtualidad de reformar el estado de su Iglesia a la vez que quebrantaba definitivamente el espíritu de aislamiento político en que vivía el reino. El estado de su Iglesia cambia en función de la formidable reforma que llevaba consigo el espíritu de Cluny y que forzosamente tenía que abatir el nacionalismo religioso de Aragón; por otra parte, por vías de la propaganda religiosa, las nuevas rutas para el tránsito de peregrinos hacia Compostela desde el Sur de Francia y a través de los puertos del Pirineo Central organizan las bases más apropiadas para fomentar las relaciones con otras regiones; y a lo largo de la vía compostelana circulan las modas culturales y el arte románico florece sobre fondos de la tradición indígena; y no bastando tan fecunda siembra, llegan acompañados de monjes preclaros los selectos consejeros para los reyes de la dinastía ramireña y los tálamos regios se nutren de nobles damas de las principales familias señoriales de Francia.

Numerosos ejemplos esmaltan la teoría general de esta impronta cluniacense: desde el ermitaño Paterno que Sancho III el Mayor envía a Cluny y a su regreso reorganiza el monasterio por excelencia de Aragón; el de San Juan de la Peña, en donde asienta bases atrevidas que dan libertad plena para la elección de abades y, lo que es más, la exención jurisdiccional respecto al Rey y su Obispo; hasta aquellos prelados de preclara diócesis aragonesa elegidos entre selectos monjes francos como los Poncio de Thomères y San Ramón de San Sernin de Toulouse, que dignificaron la Sede de Roda-Barbastro; desde el conocido cenobio del rito litúrgico en Aragón, desde aquella hora sexta del segundo martes de cuaresma del año 1071 en que dió ejemplo la iglesia Pinatense, hasta las constantes atenciones del piadoso rey Sancho Ramírez que distingue

un día al monasterio de Thomières ofreciéndole la persona de su cuarto hijo, el infante Ramiro, y ricos prioratos de su reino, o que otro día incorpora a su íntimo Consejo a Pedro d'Andouque, monje de Santa Fe de Conques, que será elevado a la Sede de Pamplona y presenciará las conquistas de Huesca y Barbastro.

No menos fecunda será la intervención pontificia en Aragón: la corriente reformista de la Iglesia ha coincidido con tiempos en los que el mundo islámico se agita en todas las fronteras con la cristiandad, considerando el Islam como un todo coherente cuyos movimientos responden a cierta unidad de mando, Roma juzgará manifestación concorde de sus agitaciones la expansión seldjucida de Oriente y la almorávide de Occidente, lo que anima a crear la idea de defensa colectiva de la Cristiandad y a batir la oleada islamita en todos los escenarios de la acometida. La dirección pontificia en esta empresa de Cruzada debilitará conceptos nacionalistas poco acusados y, por ello, no extrañará en el siglo XI excesivamente la intervención franca en la reconquista y guerra y sobre todo la curiosa concepción como tierra de nadie que se tiene del territorio islamizado que queda a merced del primer señor cristiano que lo recupere sin respeto para las tradicionales dominaciones de los reyes sucesores de la vieja monarquía visigoda.

En el campo de la política temporal, el Reino de Aragón recién nacido sobre el solar del viejo Condado que ensalzó Sancho III de Aragón, recibe en el siglo XI influencias directísimas del territorio franco por el vehículo fecundo de los entronques con dinastías señoriales de más allá del Pirineo. La dinastía real de los Ramírez da ejemplo a sus súbditos: Sancho Ramírez casó con Felicia de Roucy, parienta de los Vizcondes de Bearn y de Bigorra; los hijos de este matrimonio aumentarán la proporción de sangre franca de la dinastía con ulteriores matrimonios con princesas del otro lado de los puertos: pero primero casó con Inés, hija de Guillermo VIII, Duque de Aquitania, mejor conocido por Guy Geoffroi, con lo que el rey aragonés será cuñado de Guillermo el Duque Trovador. Pedro I, Alfonso I y Ramiro II, hijos de Sancho Ramírez y sucesores suyos en el trono aragonés como hijos de Felicia de Roucy, tía carnal de Rotron, Conde de Perche, serán primos hermanos de tan poderoso señor normando. Ramiro II casó con Inés, otra princesa aquitana, hija de Guillermo IX el Trovador. Los intereses de los súbditos aragoneses de los Ramírez, a imitación de la política matrimonial de los Reyes, mantendrán fecundas relaciones e intercambios entre los feudos francos y las tenencias aragonesas.

Para mayor comprensión del clima de Cruzada en Aragón no pueden tampoco olvidarse las novedades bélicas que cambian los postulados de las campañas militares: de tierras francas vendrán con estos señores el espíritu renovador y de Cruzada de la caballería ultrapirenaica; sobre el fondo tradicional de la secular defensa contra el musulmán, el hispano aprovechará el espíritu innovador de Cruzada y las experiencias que pronto cambiarán ante las fortalezas de Trípoli y Jerusalén todo el sistema de la guerra de sitios, para aplicar esfuerzos doblados a su lucha contra los reinos moros que se agitan y acucian. Y conforme a la consigna pontificia en frase de Urbano II, quien en 1109 les anima a que no olviden sus tierras por causa de la expedición a Jerusalén, se agita vigorizada e incontenible la Cruzada general contra el Islam, moldeada en técnicas y aún acuciada por el grito «Deus lo volt» de los cruzados orientales.

La vocación de cruzada.

Las cruzadas aragonesas en el siglo XI afectan con singular vocación al rey Sancho Ramírez, cuyo reinado, en sus límites cronológicos, lo jalonan dos destacadísimas empresas militares: una es la cruzada de Barbastro del año 1063 y otra la formalización del sitio ante Huesca en 1094. Su reinado muestra como ningún otro la cooperación de los cluniacenses que colonizan la vida monástica aragonesa a la vez que difunden la nueva consigna pontificia de lucha contra los musulmanes; de Cluny, centro espiritual alimentador del ideal bélico de la cristiandad en armas, irradian hacia los reinos pirenaicos ecos de combate jalonados en sucesivas cruzadas por tierras aragonesas.

Nunca se destacará suficientemente el papel de la Iglesia en la Cruzada aragonesa del siglo XI: Gregorio VII hasta el año 1077 estaba plenamente convencido de que España había sido siempre un territorio sometido a la soberanía temporal de los Papas, cuyos derechos jamás prescriben; pero desde este año parece que cambió de ideas, cuando conoció por informes fidedignos cuál había sido la realidad histórica de España y sus reinos peninsulares, que quitaba las bases sustentadoras de su opinión anterior. Pero no debe olvidarse tampoco la total devoción aragonesa hacia el Papa y el consiguiente reconocimiento por los Reyes de Aragón de la voluntaria sumisión al Pontífice Romano con el simbólico pago del censo anual.

Pero queda desdibujada y como mero acompañamiento el papel de la Iglesia, y los primeros términos de la escena se animan con la íntima colaboración de aragoneses y francos que conviven en el quehacer de la guerra y entre los que las disensiones son excepcionales; alguna vez el reparto del botín, en otras ocasiones dilaciones u olvidos en el cumplimiento de los pactos que recíprocamente prometieron, otras veces los eternos descontentos que abandonan la partida creyéndola perdida o poco lucrativa, y otras veces, por último, algún aragonés deseoso de librarse de auxiliares francos excesivamente molestos. Salvo estos casos de verdadera excepción, la tónica del siglo es la estrecha cooperación en la guerra que aparece como empresa común a unos y otros y en la que los apoyos guerreros de señores francos más parecen buscar seguridades para la propia defensa de los territorios ultrapirenaicos que la lucha por mera cruzada guerrera.

La empresa de Barbastro.

Seis son las principales aportaciones francas a la lucha aragonesa contra el Islam y, como se indica anteriormente, se jalonan a lo largo de los años cruciales en que gobernó el rey Sancho Ramírez. Ya en 1063 tuvo lugar la primera cruzada de España y justo es advertir que se desarrolló con un cuarto de siglo de antelación sobre la primera Cruzada tradicional dirigida hacia el Oriente latino. La causa de la cruzada de 1063 ha experimentado en los últimos años una revisión total y hoy día la vieja tesis de una convocatoria pontificia que dictó Alejandro II no puede seguir admitiéndose: cierto que este Pontífice concedió importantes indulgencias a los que viniesen voluntariamente a la empresa de Aragón y no menos cierto que Alejandro II envió poderosos aliados y contingentes normandos bajo las inmediatas órdenes del gonfaloniero Guillermo de Montreuil. Pero en realidad la causa inmediata, la que destaca indeleble en los anales del Reino de Aragón, es la de la deplorable muerte de su rey Ramiro I ante el castillo de Graus asesinado por manos mercenarias que sin género de duda alguna incitó Castilla. Lo cierto es que a la Cruzada del año 1063 concurren numerosos señores de Francia y entre la vistosa cabalgada vemos las tropas del conde Teobaldo de Semour, que dos años después de regresar de esta expedición, en la plaza hispánica de Tolosa hallaría inesperada muerte; y también llega el duque Guillermo VIII de Aquitania, el famoso Guy

Geoffroi; y también las gentes del Ducado de Normandía acaudilladas por Guillermo Crespín. El objetivo de la cruzada era Barbastro: esta plaza, a mitad del siglo XI, era famosa como mercado para las transacciones comerciales de una rica comarca agrícola, carácter geográfico que no ha perdido con el transcurso del tiempo; era también un centro cultural islámico de nota; era además la fortaleza principal que cerraba los accesos de Barbitania hacia el Valle del Ebro.

El sitio de Barbastro cumplió todas las características de la estrategia de entonces: la muralla quedó rodeada y el acueducto por donde penetraba la alimentación de agua para la plaza se obstruyó casualmente por las piedras que cayeron del coronamiento de la muralla. A los cuarenta días los sitiados capitulaban y salvaban la vida entregando bienes sin cuento a los entusiasmados cristianos: el conocidísimo relato de Iben Hayan refleja patéticamente la impresión de los vencidos en momento tan solemne. Es que la conquista de Barbastro tuvo eco resonante en el mundo islámico.

Pero la empresa iniciada bajo tan excelentes auspicios pronto se pierde en el relajamiento de los cruzados conquistadores: no fué ejemplar ni mucho menos la conducta de aquellos cristianos, y Al Motamid de Zaragoza en 1065 recuperaba la ciudad que por una treintena de años más viviría bajo el dominio islamita.

Ha sido precaria la victoria de Barbastro, pero ha bastado para abrir la era de cruzadas en España: ha sido la mejor propaganda para las ulteriores empresas, pues las fabulosas riquezas desvelan ahora a muchos guerreros y los poetas vierten a las rudas estrofas de los cantares de gesta relatos fantasiosos sobre el sitio de Barbastro, donde a duras penas se reconocen los hechos auténticos del episodio histórico en que se inspiraron.

Pero, por otra parte, la cruzada de Barbastro nos muestra claramente el parecer del Santo Padre sobre sus derechos en el solar de Aragón: las tierras aragonesas entregadas a musulmanes, tenidas por antiguo patrimonio de Roma, pueden ser ofrecidas a los cristianos que las rescaten de los moros como propiedad de aquéllos, siempre y cuando reconozcan el derecho eminente de Roma y la acaten como súbditos feudales.

El aliento de los cruzados francos.

Diez años después y a instancias de Gregorio VII surge una nueva cruzada: el caudillo francés es Ebles II de Roucy, señor de Champaña, hermano de la reina Felicia, esposa de Sancho Ramírez; el señor de Roucy ha casado con una hija de Roberto Guiscardo, y basta este detalle para comprender la gran influencia que tiene cerca de la Santa Sede. El ejército francés es ahora de consideración, pero por razones que en parte se escapan todavía al historiador, el esfuerzo obtuvo menguada recompensa ya que no pasó de recuperar la fortaleza de Graus; es difícil rastrear el recuerdo de esta expedición en las crónicas españolas y la fuente principal que atestigua la cruzada está envuelta con las pretensiones del Pontífice sobre las tierras de Hispania: Ebles de Roucy parece que quiso conquistar tierras de Aragón para construir en su provecho un Estado vasallo de Roma, siguiendo las huellas de su suegro Roberto Guiscardo en tierras meridionales de Italia.

Cuatro años más tarde, en 1077, el duque Hugo I de Borgoña cooperaba a la reconquista del castillo de Muñones; la singular figura del duque borgoñón se aclara al conocer su profundo espíritu cluniacense que le llevó a entrar en religión dos años después de su campaña aragonesa.

El fracaso terrible de Sagrajas llegó pronto en alas de la fama a los valles de Francia y el socorro de los cristianos a sus hermanos peninsulares no se hizo esperar: el año 1087 se reunían las gentes de Borgoña al mando de su duque Eudón; el conde de Toulouse Ramón de Saint-Gilles reclutaba gentes de Languedoc y Provenza; muchos aquitanos seguían a Hugo de Lusignan; y la gente normanda rodeaba a Guillermo, vizconde de Melum. Todos los guerreros los ha unido la solidaridad cristiana ante un desastre acaecido lejos de Aragón; es natural por tanto imaginarlos en armas contra el acuciante peligro almorávide. Pero la tradición de cruzadas anteriores les desvía hacia el valle del Ebro, escenario que sin duda conocían bien muchos de estos capitanes y que permanecía grabado en su memoria con caracteres indelebles por aquellos cuantiosos botines logrados las veces pasadas. Allá van a través de los puertos de Aspe y de Cize hacia las tierras del sur de Navarra en poder del Rey de Zaragoza. La ubérrima Tudela es el primer fracaso y el botín de las primeras horas es piedra de escándalo que desune voluntades; Guillermo Charpentier, uno de los aliados, adquirirá pésima reputación y dinares musulmanes dorarán la conciencia del traidor

vendido al enemigo. Tanto fragor de espuelas, y sólo, al fin de cuentas, una conquista en su haber: la fortaleza de Estella a 80 kilómetros de Tudela, que años después, en 1090, repoblará Sancho Ramírez.

Las escisiones entre franceses se duplican con graves diferencias entre éstos y los hispanos: son dos ideologías dispares ante el mundo musulmán: el hispano siempre concibió las victorias sobre los islamitas como prolegómeno de un pacto donde se respetasen vidas, haciendas y aun religión del musulmán vencido; el franco, que no está habituado a la convivencia con musulmanes, sólo sabe de exterminios; para el franco los pactos con musulmanes pueden olvidarse oportunamente, pues no obligan en conciencia; el hispano piensa por el contrario que pactar con el musulmán es garantizar la vida económica de las tierras peninsulares, y, por tanto, el respeto a la palabra dada es sagrado en cualquier caso.

Una nueva campaña abre Gastón IV de Bearn en 1089; el bearnés es casi un hombre del hogar hispano: la sangre le ata a su mujer Talesa, hija del conde aragonés Sancho Ramírez, señor de Aibar y Javier; el futuro compañero de Godofredo de Boullion ante las puertas de Jerusalén conquista en 22 de junio de aquel año la ciudad de Monzón, señora de la confluencia del Cinca y el Segre; Monzón será la preciada joya del Reino aragonés, cabeza del Príncipe heredero del Trono.

Y a unas expediciones sucederán otras; y gascones y aragoneses seguirán tejiendo en apretada trama la ardua reconquista de las parameras aragonesas: en 1091 cae al fin Nabal, cuyos soberbios muros dominan desde lo alto el rumoroso río Vero y las fértiles llanadas de Barbitania. Un año después aquellas avanzadas se encuentran en Gurrea de Gállego y en el cielo de Zaragoza las hogueras del campamento cristiano reflejan presagios de inminente conquista. El extraño Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, media en tal dramático instante entre Sancho Ramírez y Al Mostain de Zaragoza retrasando por un cuarto de siglo la conquista de la ciudad del valle medio del Ebro.

Huesca en la encrucijada.

Por esto fué Huesca y no Zaragoza la primera de las capitales aragonesas que recibió la liberación cristiana; rotas las hostilidades, la fortaleza oscense sufrió largo y difícil sitio de treinta y seis meses; el genial preparador del reinado de Alfonso I no verá el fruto de su esfuerzo, y en 4 de junio de 1094 muere de enfermedad natural a los

52 años de edad el rey Sancho Ramírez. Su hijo y sucesor Pedro I heredó en el lecho de muerte de su padre la consigna de mantener aquel bloqueo; Aragón multiplicaba su esfuerzo de guerra y a la vez socorría al Cid Campeador en la expedición hacia Valencia. En este instante la aversión entre castellanos y aragoneses contrasta con la alianza íntima de estos últimos con los francos. El gran ataque de 18 de noviembre de 1096 en los llanos de Alcoraz se rinde contra contingentes moros de Zaragoza que mezclan sus tostados cráneos con las cabelleras rubias de castellanos que acaudillan García Ordóñez de Nájera y Gonzalo Núñez de Lara.

Pero la sentencia estaba firmada y la victoria aplastante entroniza a Pedro I sobre Huesca, la de las treinta y nueve torres, que se eleva a capital política del Reino de Aragón en los solemnes momentos en que oleos santos ungen iglesia la mezquita mayor de la plaza: es el 26 de noviembre y el regocijo cristiano se despliega en la solemne entrada del Rey en la deseada plaza, rodeado del arzobispo de Burdeos y de los obispos de Olorón y de Lescar, ejemplo bien patente de la presencia del mediodía francés en la hora cenital del Rey aragonés.

Trascendencia de las cruzadas aragonesas.

Este fragmento histórico de la reconquista aragonesa encierra enseñanzas doctrinales que el historiador no puede silenciar: aquí late todo el sentido de la guerra de cruzada contra los moros, que tanto podría tenerse por verdadera cruzada dirigida a la reconquista gradual, pero total, de España, como por defensa de una patria y una fe en las estribaciones pirenaicas. La primera de estas hipótesis es muy aventurada: pues el concepto pontificio de un Gregorio VII vió más bien las tierras de España como cosa de nadie dispuestas a ser del conquistador que las ocupase; es difícil encontrar recuerdos de unos derechos preferentes de los reyes cristianos del país; por lo demás, este concepto había calado entre los estamentos sociales y las canciones de gesta proporcionan pruebas frecuentes. Si en otro caso suponemos que estas cruzadas significaban la defensa de la Patria y la fe, habría que considerar mártires de estos ideales a cuantos sucumbieron en las batallas.

Parece más claro el sentido de defensa que a su vez engendra una política jurídica de cruzada: las cruzadas de Aragón parecen proponerse la defensa del territorio cristiano y la expansión de los núcleos pirenei-

cos hasta el valle del Ebro; no debe ofuscar que muchos guerreros hayan buscado el botín y la gloria militar, pues late muy en lo profundo un sentimiento de caridad cristiana que con frecuencia olvida el historiador; esto es fruto del sentido cristiano que no permite combatir contra los musulmanes pensando en una conversión a la fe verdadera por imposición forzada; si se les combate, si se tiene por legítima la lucha, es porque son perseguidores de los cristianos, es porque ocupan los campos que otrora surcaron arados cristianos; si se lucha es porque hay una razón jurídica para recuperar las tierras usurpadas. He aquí los prodromos de una concepción jurídica canónica que plasmará en la conocida doctrina de las Cruzadas de Oriente, cuya justificación jurídica canónica halla fraguada su teoría en un cuerpo de prácticas forjado, veinticinco años antes de la primera expedición hacia Jerusalén, en tierras aragonesas y por imperativos de su guerra de Reconquista.

